

FAMILIA

ENERO



¡FELIZ AÑO NUEVO!

Año VI.- Núm. 61

PRECIO: 1 PESO



LA HORA DE LOS LIBROS

“Sésamo y Azucenas”

Lectora mía:

“Sésamo y Azucenas” es la obra de que nos propusimos tratar en el primer mes de este nuevo año. No te lo pedí sin una segunda intención. ¿Recuerdas qué es el sésamo? Tal vez no rememoras de otro que el de “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, ese que abre las puertas de los tesoros mediante su mágico hechizo. Sí, esa es la visión ideal del sésamo. Posee también su significado real. Todos los símbolos lo tienen. El sésamo es una planta oriental de lindas flores en forma de campánulas y de cuyas diminutas semillas, amén de confeccionarse un sabroso pan, se extrae un aceite dulce y balsámico que puede conservarse siglos sin que se enrancie. Hay, pues, un doble símbolo en el título del libro de Ruskin y un doble motivo en mí al pedirte que volvieras a él tus ojos. Al comenzar este año yo también te expreso mis buenos deseos: que extraigas de los libros que vas a leer esas palabras mágicas de la sabiduría, con que esperamos entreabrir alguna vez las puertas que guardan el profundo misterio de los destinos y que ese mismo bálsamo, ¡oh, niña esperanzada! sea el que cure las heridas que en tu alma pueda ir dejando la vida.



Se divide esta obra de John Ruskin en tres grandes partes: “El tesoro de los reyes”, “Los jardines de las reinas” y “El misterio de la vida y de sus artes”, títulos en los que volvemos a encontrar expresiones simbólicas, que explican y aún pueden justificar las originales concepciones del autor: alma mística que ve el mundo y lo expresa al través de sus refinados y exquisitos sentidos de artista. Ruskin realiza en vida la visión de Carlyle, cuando describe en “Los Héroes” al vate-profeta, al bardo iluminado por los rayos divinos, que desciende a la tierra a señalar a los hombres la senda de la belleza, anunciándoles hacia qué mundos maravillosos lleva cuando se la busca al través de los campos de la verdad eterna. Ruskin fué no en palabras, sino en hechos materiales, el poeta del bien y el apóstol de la belleza.

La vida de Ruskin fué su mejor obra. Dificultosa e indecisa en sus comienzos, como de quien no sabe de dónde emana la fuerza que le impele, ni hacia dónde quiere conducirlo su evocación. Principia por escribir artículos sobre geología y ciencias; le impresiona en seguida la indiferencia con que el público inglés mira las telas del gran pintor Turner e inicia su libro sobre “Los Pintores Modernos” en el cual sostiene la teoría espiritual del arte, en contra de la sensual. Después de algunos años de meditación y viajes, da a luz “Las siete lámparas de la arquitectura” libro en el cual resume sus teorías anteriores, afirmando que toda obra arquitectónica como cualquiera otra manifestación de arte, debe ser iluminada por las antorchas del sacrificio de la verdad del genio, de la belleza de la vida de la memoria y de la obediencia.

Juzgando el arte como exponente de un estado de alma racial, principia Ruskin a preguntarse por qué tantas y tantas gentes concluyen sus obscuras vidas sin haber sido jamás tocados por su influencia. Llega así a los desheredados de la belleza, a las almas a quienes cegó la negrura de su infortunio, a las que ensordecieron los fragores de la encarnizada lucha y que no supieron jamás de otro pan que del pan ácido de la miseria. Se hace entonces un “trabajador social” (a social worker) y ayuda a fundar los primeros settlements o colonias de cultura popular. Dirige la atención pública a la vital importancia de los problemas de la distribución de los alimentos, a la necesidad de un sistema de educación gratuita y obligatoria, al deber del estado de fundar pensiones para los ancianos y de reglamentar severamente las condiciones de la habitación del pueblo. En fin, todas las cuestiones que el gabinete liberal de Inglaterra, con la poderosa colaboración de Lloyd George, ha tratado sólo ayer de solucionar, fueron expuestas por primera vez a la conciencia pública por este hombre singular, bardo y profeta, pintor y apóstol. Probó en el yunque de la realidad la sinceridad de sus convicciones: en una ocasión se desprendió de siete mil libras esterlinas (cerca de 180,000 pesos nuestros), cantidad que constituía el décimo de su fortuna total para contribuir a la fundación de un barrio modelo obrero. Durante las primeras horas de las noches de siete años consecutivos fué a enseñar dibujo a los obreros del Working Man's college y jamás omitió sacrificio personal alguno para hacer la vida de los otros más noble, más bella y más dulce. En 1900, a los 81 años de edad, entró al reino inmortal. De él pudo proferirse con justicia la frase que Lincoln anhelaba: “Quiero que digan de mí los que mejor me conocieron que siempre arranqué un cardo y planté una flor en donde quiera que podía crecer una flor”.

Con profunda reverencia habremos de entrar, amiga mía, al cercado en donde florecen los sésamos y las blancas azucenas. Hemos de tener dispuesta el alma y el corazón purificado. Te habla de los tesoros de los reyes: es el sésamo. A tu alma joven y sensible dice: “Cualquier trozo de la obra de un hombre, sabia, honesta y bondadosamente realizada es un libro y su fragmento de arte”. Sus autores forman una “corte eterna abierta para ti, con su sociedad amplia como el mundo, múltiple como sus días y que contiene lo superior de cada tiempo y de cada lugar. A ella puedes entrar siempre; en ella elegir compañía y posición conforme a tu deseo”.

Mas, para comprender las voces de esta corte es menester que aprendas a descifrarlas. Debes velar por cada matiz de expresión,

debes detenerte en cada una de las palabras, meditar en las circunstancias en que fueron escritas, en el estado de ánimo que representan y en el pensamiento que las domina, de tal modo que al cerrar la página puedas decir: Así entiendo yo que piensa su autor. Cuando vislumbres el pensamiento ajeno, serás más apta para descubrir el tuyo propio. Vislumbres, porque de las frases de los hombres más grandes apenas podrás sondear la significación; ellos mismos no la han medido totalmente, tan vasta es. No es necesario que leas muchos libros: pocos y buenos bastarán a sus necesidades. Aprenderás en ellos la belleza del universo, la verdad eterna y la elegancia del decir. Su poder es tan vasto que ellos son los únicos que pueden darte ¡oh, amiga querida! el sentido de la vida que “no consiste en tener caballos, y criados y fortuna, y honores públicos, sino en tener un alma personal. Aquel solamente avanza en la vida, cuyo corazón se hace más tierno, cuya sangre se hace más ardiente, cuyo cerebro se hace más perspicaz y cuyo espíritu ha entrado en la armonía de la existencia.”

Luego, qué amplias perspectivas, qué magníficos paisajes te muestra Ruskin desde “Los jardines de las reinas”, es decir, de tu propio y escondido verjel! ¿Cómo? ¿Nunca te habías imaginado soberana de un jardín encantado y real? La eres, si no has abdicado en un momento de olvido o en una ráfaga de locura de tus reales prerrogativas; lo eres, por más que vivas en una remota aldea; pues la realeza consiste sólo en un estado moral más elevado y en un estado mental más verdadero que el de los demás. Lejos el despotismo del alcázar de estas reinas! Cualquiera asomo tiránico derriba su poder, que es basado en el amor, en la ternura y en la mansedumbre. No creas, sin embargo, que Ruskin confina el imperio femenino dentro de cuatro paredes. Expone claramente que “si todo hombre tiene una obra o un deber doméstico y una obra o deber público que es la expansión del primero, así también una mujer tiene una acción o deber relativo a su hogar y una acción y deber públicos, los cuales son también la expansión de aquel. El deber de los hombres como miembros de una república es asistir al mantenimiento, al avance y a la defensa del Estado. El deber de la mujer es asistir a la ordenación, a la confortación y a la bella ornamentación del estado”.

Si eres, lectora soberana, una niña que apenas comienza a crear los hábitos de la vida, ha sonado para ti la hora de pensar y medir la misión que este profeta del reino de las artes te ha encomendado, y si eres una esposa en la plenitud de la vida, con hijas que educar y ávida naturalmente de señalarles el camino mejor y más perfecto que tú puedas comprender, es tiempo de que conozcas el que te trazó para ti y las tuyas este hombre que vivió siempre en las serenas regiones de la bondad. Encontrarás, fuera de lo que va dicho un sistema completo de educación femenina, que algún día trataremos más detenidamente, sistema sólidamente fundado, inteligentemente coordinado y elevadísimo en sus ideales y en sus fines prácticos.

Los tres grandes capítulos de esta obra, diferentes como son en las materias, se complementan hasta formar un todo completo. Son los tres aspectos de un sólo ideal de vida, que consiste en la realización de la armonía humana por medio de la bondad y de la belleza. Lo que debe buscarse en los Tesoros de los Reyes antes que la sabiduría es el fuego del ideal que los genios de la raza han ido transmitiendo de siglo en siglo, de generación en generación. El fuego sagrado que Prometeo arrancó a los dioses y que ha sido la antorcha que ha guiado al hombre al través de la obscuridad de su destino. Creencia en un Sér Superior, altruismo puro, ideal de arte, siempre es la quintesencia del espíritu, lo mejor que ha podido producir la raza. Este patrimonio común, más valioso que los tesoros de los reyes, es la herencia de todos, sin excepción de pobres ni de desvalidos. Negárselo, ya sea substraéndolos a una educación capaz de hacerlos concebir ese ideal, sea obligándolos durante toda la vida a efectuar faenas tan rudas y pesadas que concluyan por atrofiar su pensamiento, constituye un crimen del cual nosotros, que vivimos en medio de refinamientos y placeres innecesarios, somos directamente responsables. La superficialidad y la crueldad, son al sentir de Ruskin, los dos más grandes defectos de la humanidad moderna. Piensa tú, niña mía, lo que esta afirmación encierra; pregúntate si estás incluida en la gravísima acusación; si eres superficial, es decir, si no te preocupas de conocer y de remediar las penas que al lado de tus alegrías lloran, si no te detienes a pensar en el mejoramiento y perfección de ti misma, si no te importa que tus días estén vacíos de bondad o de belleza, si eres inútil para todo trabajo serio, ¿No te ofende que alguien se atreva a llamarte cruel? Y sin embargo... No; yo no te acusaré. Lo único que te pido es que leas otra vez este libro luminoso y dulce, y que extraigas de sus páginas el sésamo que te abra las puertas de un mundo mejor y las azucenas que adornen por siempre el jardín de tu alma.



Y ahora, lectora amiga, ahora que te arrullan las olas de una playa soleada o te acaricia el puelche en medio de un angosto valle, te pido que leas un libro nacido de nuestra tierra y fruto de esta primavera. Es “La reina de Rapa Nui” de Pedro Prado. Charlaremos de ella y de él en nuestra próxima entrevista y me contarás si te has deleitado como yo escuchando el canto acompasado de su estilo y contemplando la gracia bucólica y fina de su ensueño.